





OJOS DE MILANO

Concha Vallejo



LETRAS DE AUTOR

© *Ojos de milano*, Concha Vallejo

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación: Sara García

Portada: Thibou

Primera edición: marzo 2017

ISBN: 978-84-16958-67-2

Depósito Legal: M-10293-2017

P.V.P.: 10 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

A mi familia.



Agradecimientos:

A Manuel, mi maestro, a mi hija Reyes, que tanto me anima a escribir, a María Cruz e Isidoro, mis compañeros “noveleros”, por su apoyo y sus sabios consejos.



ÍNDICE

Primera parte.....	13
Segunda parte.....	203



Cuando Daniela descolgó el auricular y murmuró un “diga” adormilado, no obtuvo respuesta, así que elevó el tono y repitió la pregunta una segunda y una tercera vez. Durante unos instantes esperó inmóvil junto a la consola del teléfono mientras paseaba la mirada por el espacioso salón, sin detenerse ni en las tupidas cortinas azules que ocultaban unas persianas herméticamente cerradas ni en la cómoda art decó comprada en un anticuario de Barcelona; tampoco en el sofá de tres plazas que aún conservaba la huella dejada por su cuerpo horas atrás ni en los libros que se asomaban curiosos desde los estantes de una gran librería de cerezo. Finalmente sus ojos se quedaron clavados en la mesa de trabajo sobre la que descansaba el ordenador en su funda granate. La intempestiva llamada la había despejado y ya no sentía sueño, el capítulo que había dejado sin concluir la noche anterior la reclamaba a gritos, de modo que se encogió de hombros, cortó la comunicación y caminó despacio hacia la mesa para retomar la escritura, pero enseguida cambió de opinión. Ella se conocía bien y sabía que a sus cuarenta y ocho años no podía prescindir de las redes de seguridad que había ido tejiendo con tanto esfuerzo y disciplina a lo largo de su vida. “Es mejor que trate de dormir”, pensó, “si ahora me siento a trabajar, ‘ganaré una batalla, pero perderé la guerra’, mañana estaré agotada” y se dirigió al dormitorio tratando de recordar de quién era la frase.

Se introdujo en la cama, apagó la lamparita de noche, alzó el edredón hasta la barbilla y comenzó a escuchar a los personajes de su novela, pero apenas habían pasado cinco minutos, cuando se oyó de nuevo el timbre del teléfono. Irritada, se colocó la

almohada sobre la cabeza para neutralizar el molesto zumbido, pero enseguida la arrojó al suelo, se levantó, se dirigió a tientas hacia la sala, tropezó con una silla y se precipitó a descolgar el aparato que seguía sonando. Las aletas de su nariz se habían dilatado y tuvo que respirar hondo varias veces para acallar las palabras airadas que pugnaban por escaparse de su boca, luego levantó el auricular.

Desde el otro lado del hilo llegó una agradable voz femenina de cuidada dicción que preguntaba por Daniela Segundo:

—Perdóneme, señora, no era mi intención importunarla, soy consciente de que las dos de la madrugada no son horas para llamar, le pido mil disculpas. Cuando usted descolgó hace unos minutos, no fui capaz de contestar, estaba demasiado alterada, pero... debo hablar con Daniela Segundo, he insistido tanto porque se trata de un asunto de vital importancia.

—Yo soy Daniela Segundo. ¿Y usted quién es? ¿Nos conocemos? —respondió intrigada al tiempo que su cuerpo se tensaba levemente.

De nuevo el silencio y después un sollozo.

—Perdone, Daniela. No, no nos conocemos. Me llamo Marta Fontcuberta.

Aquella noche las dos mujeres hablaron durante largo rato.

PRIMERA PARTE



Ya estoy en El Palomar, “la finca”, como lo llaman en el pueblo, hemos llegado hace unas cuatro horas. Me llamo Ramiro, tengo diez años y esta noche empiezo a escribir este diario, lo hago en presente porque el pasado me es muy antipático, si el hermano Mateo, que siempre me pone buenas notas en redacción, lo llega a descubrir, seguro que me regaña por “atenar contra la gramática” como él dice, pero como no lo va a saber... Solo se lo leeré a Crispín, mi erizo, y quizás a mamá, pero esto aún no lo tengo decidido.

Hoy es viernes y mis padres vienen a buscarme para pasar el fin de semana en la finca; siempre tengo mucha prisa por salir del colegio y me gustaría bajar saltando de dos en dos los escalones, pero los curas nos obligan a hacerlo en orden y en silencio, además en el portal debo esperar a que me llamen por mi nombre y apellidos:

—Ramiro Infiesta Berrocal —vocea el hermano portero, porque como papá es muy alto, se le ve enseguida. Lleva traje y corbata, así que debe de venir directamente del bufete, cuando sea mayor, mamá me tendrá que ayudar con el nudo como hace con papá, porque he probado varias veces y nunca lo consigo; bueno, puede que no lo necesite, porque yo quiero vivir en el campo y allí nadie la lleva.

Corro sorteando las carteras que mis compañeros han dejado en el suelo, grito “papá” y me lanzo a besarlo, pero como él no se agacha solo consigo babear su chaqueta.

—Ramiro, compórtate, que ya no eres tan niño —me regaña y me aparta. Luego me toma por el brazo para cruzar al otro

lado de la calle en donde nos espera Isidoro, el chofer, con las puertas del *Mercedes* abiertas.

—Hola, *Isi*, ¿me has traído a Crispín? —lo saludo.

—Sí, señorito Ramiro, su erizo está en la jaula, en el maletero, no se preocupe que no se va a ahogar, tiene aire de sobra.

Quiero mucho a Isidoro. Papá lo contrató hace cuatro años. Me lleva al colegio y a las clases de ajedrez y de piano; jugamos a la brisca y al cinquillo y como siempre pierde, pienso que se deja ganar; me cuenta historias de la aldea leonesa en donde nacieron su padre y su abuelo y en El Palomar, cuando no está papá, lo acompaño al pueblo para hacer los recados. Le digo que no me llame señorito Ramiro, pero no me hace caso. Dice que si se acostumbra se le puede escapar delante del señor y ganarse una bronca; creo que mamá no lo regañaría.

—Ramiro, pasa tu primero —me empuja papá al interior del coche. Mamá, que ocupa el lado opuesto, sonrío al verme, me atrae hacia sí y me aprieta muy fuerte contra su pecho, como si hubiera pasado mucho tiempo desde que nos despedimos esa misma mañana. Luego me besa una, dos, tres y más veces, sin importarle si le arrugo la blusa o le deshago el moño ese que se llama como una actriz de cine. A mí no me da vergüenza, como a otros chicos de mi edad, que mi madre me haga carantoñas, todo lo contrario, me siento orgulloso de que vean que tengo una madre tan guapa y que me quiere tanto.

—Sara, deja al chico en paz que al mes que viene cumplirá diez años —se impacienta papá, y como mamá siempre sabe cuándo debe parar, me aparta suavemente y me ayuda a sentarme derecho entre los dos.

—Isidoro, ya puede arrancar —indica y se persigna. Yo sigo su ejemplo. Papá se agacha para sacar una libreta negra de

la cartera que reposa en el suelo y comienza a leer. Aprovecho para resbalar sobre el cuero gris de la tapicería y acercarme un poco más a mamá. Los dos cuchicheamos en voz baja. Le cuento que en clase de lengua el profesor ha leído mi redacción en voz alta, que no he entendido un problema de mates, que mi amigo Ignacio ha faltado al colegio porque le han operado de anginas y que he conseguido cambiar diez cromos repetidos. Le pregunto por qué no ha venido Eduardo, mi hermano mayor, que cuando estamos en la finca pasa mucho tiempo conmigo y yo lo sigo a todas partes como un perrito faldero. Hasta que cumplió dieciséis años compartimos dormitorio, pero ahora se ha mudado a otro cuarto porque tiene que estudiar y apaga la luz muy tarde. Como no me gusta dormir solo, la primera noche lloré tanto que mamá tuvo que venir a consolarme, pero de eso hace un mes y ya me he acostumbrado.

—Tu hermano se queda este fin de semana en Madrid. Un amigo le ha invitado a una fiesta —me aclara mamá y me resigno, aunque sé que me pierdo salir a cazar pájaros con la escopeta de perdigones, rebuscar en los arcones del desván que a mí solo no me dejan abrir, o dar un paseo a caballo, él montando la yegua y yo mi poni.

Esta mañana he madrugado y empiezo a sentir sueño. Apoyo la cabeza en el hombro de mamá y me quedo dormido. Cuando despierto, mis ojos tropiezan con el rosario de plata que cuelga de su mano derecha y me mantengo muy quieto, porque ahora no me apetece acompañarla en sus rezos. Papá continúa leyendo su libreta. Él no está obligado a rezar con nosotros. Un día oí a la cocinera comentar que el señor era de los de “la cáscara amarga” y cuando quise averiguar lo que quería decir se dio media vuelta y se puso a rebozar el pescado. Al domingo siguiente vino tío Javier, el único hermano de

mamá, a comer y le conté lo que había escuchado, porque no me gusta quedarme sin saber las cosas y él, después de soltar una carcajada, me explicó que eso se dice de las personas de ideas avanzadas y también de los descreídos que no pisan la iglesia.

En la finca me espera mi arca de Noé: los perros, los caballos, las gallinas, los conejos, las palomas, los cerdos, los corderos y los muchos animalillos que pululan -qué verbo tan bonito, lo leí el otro día no me acuerdo en qué libro- por el huerto y el jardín. En Madrid me tengo que conformar con mi erizo Crispín. Papá se ha negado a comprarme un perro. No le gustan los animales, ni el campo, todo lo contrario que a mí. Un día se enfadó mucho cuando tío Javier me preguntó si de mayor quería ser veterinario, ni siquiera me dejó contestar, él lo hizo por mí.

—Javier, por favor, no metas ideas absurdas a mi hijo en la cabeza. Él será abogado como yo, o diplomático como su abuelo.

Mamá calla, pero yo sé lo que piensa porque me lo dijo un día: que de mayor trabaje en lo que más me guste.

Mis padres charlan en voz baja para no despertarme. Apenas los entiendo y no me interesa lo que hablan. De vez en cuando entreabro los ojos para ver por donde rueda el coche. Hasta que no aparezcan las luces del pueblo, me haré el dormido. Unos puntitos amarillos surgen en la lejanía y me enderezo. Cuando el *Mercedes* atraviesa Santa María de la Armuña, como se llama el pueblo más cercano a El Palomar, un grupo de chiquillos que juegan al gua levantan la cabeza y nos gritan, los perros corren detrás del coche, me da miedo que se metan entre las ruedas.

—*Isi*, conduce despacio, no los pilles.

—Pierda cuidado el señorito, que estos han nacido sabiendo —me tranquiliza.

—Qué buena siesta has dormido, cariño —comenta mi madre y me besa otra vez. Mi padre, que parece más relajado, se ríe y me revuelve el cabello con las manos. Luego me pregunta por el colegio, promete explicarme el problema de mates y jugar una partida de ajedrez conmigo.

—¡Y ojito con ganarme! —bromea.

Ahora, él mismo se cree lo que dice, pero luego estará muy ocupado y tendré que hacer el problema yo solo el domingo por la noche, en Madrid.

Quiero mucho a papá y lo admiro, pero pienso que de mayor no me gustaría parecerme a él, porque somos muy diferentes. En el campo no aguanta más de un par de días, al tercero tiene que volver al despacho por algo muy urgente. Yo me parezco más a mamá.

Dejamos atrás el pueblo y por una carretera, o un camino, no sé cómo tengo que llamarlo, recorremos los pocos kilómetros que nos separan de la casa. Miro hacia la derecha y hacia la izquierda, ascendemos por una calzada en medio del monte, llena de curvas que no me marean, la tierra está reseca pero a las plantas que viven allí no debe de importarles porque parecen contentas; me dijo Eduardo que esa clase de vegetación se llama monte bajo, porque hay muchos arbustos y no árboles como en el monte alto; estos de aquí se llaman carrascas y hay que tener cuidado con sus hojas porque pinchan, los frutos son como bellotas, un día me quise comer una pero la escupí enseguida, estaba muy amarga; también hay muchas jaras, son plantas muy alegres, cuando salen sus grandes flores blancas me imagino que en cada una de ellas se esconde una libélula, o una mariposa, que

como la Campanilla de Peter Pan levanta el vuelo y viene a buscarme, me toma de la mano y me lleva a navegar por el cielo. La rueda del coche despide un guijarro que cae sobre otros cantos y rebota varias veces como si fuera una de esas piedras planas que a mí me gusta lanzar para que atraviesen el navajo, aunque hasta ahora no he conseguido tocar la otra orilla, pero no voy a rendirme, lo seguiré intentando. Llevamos las ventanas abiertas y entra un olor muy fresco a tomillo y a cantueso -el nombre de esas plantas también me lo ha enseñado mi hermano- que se mezcla con el aroma a jazmín del perfume de mamá. Todos dicen que tengo muy buen olfato y que por eso me gusta la comida bien hecha.

Isidoro reduce la velocidad porque ya estamos llegando. El coche bordea un muro blanco y se para delante de un gran portón de madera adornado con tachuelas relucientes. Justina, la guardesa, nos espera con las puertas abiertas de par en par mientras se seca las manos en un delantal de cuadros grises y blancos. Es una mujer menuda, siempre vestida con colores oscuros, con las manos muy morenas y la cara llena de surcos. No sé cuántos años tiene, siempre me olvido de preguntárselo a mamá, a veces pienso que cien y luego, cuando se ríe, me parece muy joven. Ha debido de oír el motor del coche. Ella y Evaristo, su marido, viven en una casa de dos pisos con una gran cocina, tres dormitorios y una enorme cámara en donde se guardan los jamones y los chorizos en invierno, y los melones y sandías en verano. Mamá dice que Justina y Evaristo son sus pies y sus manos, que no podríamos venir tan a menudo si no estuvieran ellos, por eso todas las noches rezo para que no les pase nada malo.

Mis padres charlan con los guardeses delante de la puerta. Ellos no tienen prisa pero yo me impaciento y mamá lo advina:

—Ramiro, no hace falta que te quedes aquí con nosotros. Ve a tu cuarto a quitarte el uniforme y luego puedes ir a buscar a los perros. Ponte un polo de manga larga que ya empieza a refrescar.

Obedezco, hago una seña a Isidoro para que él se ocupe de Crispín, me cambio de ropa y corro hacia la cancela verde que separa la casa principal del resto de las dependencias. Evaristo ha soltado a los perros y me están esperando, asoman sus hocicos por entre los barrotes y arañan con sus patas el suelo de hormigón. Cuando abro la verja saltan sobre mí, me tumban, me lamen las manos, las piernas y la cara, me mojan con sus lenguas, yo los dejo hacer, ¡cuánto quiero a mis perros! “Menos mal que mamá no es como tía Almudena, la mujer de tío Javier”, pienso, “ahora me estaría regañando y hablando de las enfermedades y del quiste ese que contagian esos *animaluchos*”. Aunque hubiera tenido los ojos cerrados, hubiera reconocido a cada uno de ellos por su olor: León, un mastín de color canela que Isidoro trajo del pueblo de su padre por encargo de mamá, huele a tiza de encerado -por eso me acuerdo mucho de él cuando estoy en el colegio- porque se arrima a las paredes más frescas que encuentra, el pobre pasa mucho calor con el grueso abrigo peludo que lleva siempre puesto; Chispita, la perra ratonera, se cuela por todo los escondrijos y le gusta husmear en las charcas, así que huele a barro y a humedad, la encontramos un día perdida por el monte y papá, a pesar de que no le gustan los animales, dijo que nos la quedábamos porque además de ratas y ratones también caza liebres y conejos. A mí me parece muy graciosa con esas orejas de forma triangular, las manchas color fuego en la cara y la cola siempre levantada; es bajita pero fuerte y tiene una expresión muy dulce y amistosa. Ron, el *teckel* de pelo largo es un perro señorito -tío Javier me contó que

durante cierto tiempo fue una de las razas preferidas de la realeza y la aristocracia alemanas, francesas e inglesas. La reina Victoria incluso mandó construir un mausoleo cuando murió su *teckel* favorito- que acompaña a papá a cazar y le gusta estar cerca de la lumbre, por eso huele a humo, cuando Justina guisa, por si le cae algo bueno para comer. Es el más glotón de todos, como yo. También los podría reconocer por el tacto o por el ladrido, pero eso ya lo contaré otro día que hoy estoy cansado.

Juego un rato con ellos y después los tres me siguen hasta la puerta de las cuadras, ninguno entra porque a todos los ha pateado un caballo o una mula. Yo tampoco paso por detrás de las caballerías desde el día en que la yegua me lanzó de una coz a más de medio metro de distancia cuando traté de acariciar a su potrillo. Me dolió tanto que aprendí la lección y ahora me subo a los pesebres y salto de uno al otro para darles de comer. Cuando estoy frente a ellos, los cinco caballos, el poni y la yegua me olfatean, me empujan con sus hocicos y rebuscan en mis bolsillos, esperan encontrar los terrones de azúcar que he ido guardando para ellos durante toda la semana.

—Señorito Ramiro, que la señora me manda a buscarte. ¡Santo Dios!, ¡Cómo te has puesto! Vamos a casa a asearte que tu padre quiere cenar a eso de las nueve —me regaña Justina que no me apea el señorito, pero me trata como lo haría con un hijo. Luego espanta a los perros con un “fuera chuchos”, y los tres se marchan con el rabo entre las piernas.

Se me cierran los ojos, así que dejo el diario para mañana.

Hoy ya es al día siguiente. He dormido muy bien. Al principio tuve algo de miedo y eso que mamá pidió a Justina que me preparara la habitación al lado de la suya que era la mía de crío hasta que pasé a compartir con Eduardo otro dormitorio. Es extraño, por una parte había un gran silencio que casi podía tocar con las manos y, por la otra, se oían muchos ruidos pequeñitos, invisibles. No me daban miedo, al contrario, me hacían compañía. Me dormí pensando en los planes para mañana que es hoy y me he despertado a las diez.

—Ven acá, dormilón, da un beso a tu madre. Te estoy esperando para desayunar, papá se ha levantado muy temprano y se ha ido con el encargado a una feria de ganado. Estuve a punto de despertarte porque sé que ibas a pasarlo muy bien, pero al abrir la puerta de tu cuarto, te encontré tan dormido que me dio pena.

Me enfado, protesto porque me encantan los animales y además veo muy poco a papá. Me consuelan las migas con chocolate, están riquísimas. Las esperaba, porque anoche mamá y Justina se sentaron a cortar cada una media hogaza de pan duro en pequeños cuadrados, tardaron muchísimo, yo no tendría tanta paciencia.

Me lavo, me visto y cuando estoy dando pipas a Crispín, aparece Isidoro.

—Buenos días, señorito Ramiro, dese prisa que dice la señora que puede acompañarme al pueblo, al horno, a recoger un cordero que han mandado asar porque vienen sus tíos a comer.

No me lo tiene que repetir dos veces, me preparo y corro a sentarme en el coche. Isidoro y yo entramos en la panadería, una nave alargada con un par de bancos pegados a las paredes y un mostrador de madera al fondo. Un grupo de mujeres charla animadamente, las unas con las otras, cuando nos ven se callan y nos miran con curiosidad, sobre todo a mí. Una de ellas, la más alta, deja escapar algo parecido al grito de una grulla, se echa las manos a la cabeza, corre hacia mí, me coge por los hombros, me mira y continúa gritando:

— ¡Virgen Santa! Pero si es el *Ramirín*, mirad qué alto y qué majo está, y talmente su madre, la señorita Sara, los mismos ojos azules y el pelo tan rubio —coge mi cabeza entre las manos y me planta en la cara media docena de besos sonoros.

Yo callo y me dejo hacer, aunque no conozco de nada a esa señora.

—Cuando tú eras pequeño, yo subía a la finca para ayudar en las tareas de la casa y como se me dan tan bien los críos, pues acabé por ocuparme de ti, y era yo quien te llevaba de paseo, te aseaba y jugaba contigo. Con dos añitos corrías detrás de todos los animales y no tenías ni pizca de miedo, metías la mano en la boca de los perros y luego querías lamerles tú a ellos, claro que a buenas horas lo iba yo a consentir.

Isi ríe y dice a la mujer que no hable tanto que va a aturdir al chiquillo; yo escucho pero no me acuerdo de nada de lo que ella cuenta.

—Y qué guapo estabas el día de mi boda con un traje de terciopelo azul que parecías un duque. Luego a mi Jesús le salió un buen trabajo en Alcalá de Henares y allá que nos marchamos. Y no te he vuelto a ver hasta hoy, porque el señor, el marido de la señorita Sara, bueno, tu padre, tuvo una pelea con don Marcelo, el antiguo cura que era muy suyo, y no habéis vuelto al pueblo hasta este año cuando

él se marchó a la capital, porque el Señor Obispo lo mandó buscar para encargarse de no sé qué cosas importantes.

Las otras tres mujeres habían formado un corrillo alrededor y asentían a todo lo que ella decía con inclinaciones de cabeza y codazos.

—*Majete*, dile a tu madre que has visto a la *Luisi*, que le manda muchos recuerdos. Que he venido a pasar con mi padre su cumpleaños, que desde que madre murió está muy solo el hombre. Pero que la próxima vez que venga al pueblo haré un hueco y subiré a saludarla a la finca, que estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por nosotros.

—Sí, señora, se lo diré, no se preocupe —y ahí acabamos nuestra conversación porque el panadero llama a gritos a las mujeres y les dice que se están enfriando los asados. Cada una coge su cazuela de barro ovalada y la cubre con un paño de cuadros, uno es azul y rojo, otro azul y gris y el tercero verde y blanco -o amarillo y blanco, no estoy seguro- para que no se escape el calor. Cuando pasan por delante de mí respiro un delicioso aroma a leña y a carne recién horneada.

Isidoro se pone a hablar con Pascual, el dueño, y yo paseo mis ojos por las paredes blancas en donde cuelgan un calendario sin hojas, no sé por qué lo guardan, quizá por la imagen de la Virgen del Carmen; un cartel de las fiestas de hace dos años, otro con la foto de unas hogazas de pan y un manojo de espigas; y varias hojas escritas a mano. En todos los papeles hay cagadas de mosca, aunque del techo cuelgan unas tiras pegajosas como las que tiene Justina en la cocina de su casa. Una mano menuda me tira del jersey. Vuelvo la cabeza y veo a una niña más pequeña que yo, morena, de ojos muy negros y muy abiertos, como los de los milanos, que me mira y me saca la lengua. Luego me da un golpe en la espalda y me dice: “tú la llevas”, y echa a correr haciéndome

señas para que la siga. Dudo un poco porque, aunque me apetece mucho, no sé si debo, pero es como si ella hubiera atado, sin yo darme cuenta, un extremo de una cuerda a mi mano y el otro a la suya, así que no tengo más remedio que ir tras de ella.

Salimos a la calle y la niña empuja un gran portalón recubierto de una placa metálica color hoja de lata y entramos a un cobertizo en donde se apilan tinajas de diferentes tamaños y colores, artesas de amasar el pan, rodillos como los que usa la cocinera de Madrid para hacer las empanadillas, frascos con polvos blancos en su interior, cazuelas redondas y ovaladas, moldes de papel para las magdalenas, sacos vacíos, canastos... Aunque hay muchas cosas, todo está muy aseado.

—Quédate quieto y tápate los ojos —me ordena la niña y yo obedezco—. Ahora cuenta hasta diez.

—Uno, dos, tres, cuatro...diez —abro los ojos y no la veo. Me divierte el juego, miro detrás de una tinaja, ladeo una gavilla, levanto la tapa de una cuba.

—Señorito Ramiro, ¿dónde está? —oigo gritar a *Isi* afuera, en la calle.

Y a otra voz que lo tranquiliza:

—No se preocupe, hombre, que ya aparecerá; aquí en el pueblo no se nos pierde nadie, no es como en la capital. Me da que esto es cosa del *diablejo* de mi hija, la Daniela, que siempre está enredando.

Isi continúa voceando mi nombre; se oye el chirrido de la puerta al abrirse y la luz de la calle se cuela en el almacén. Un brazo sale de detrás de un trillo que se apoya vertical contra dos borriquetes y me arrastra hacia su dueña, que ahora sé que se llama Daniela. Está sentada hecha un ovillo y me

señala un lugar a su lado, luego se lleva un dedo a la boca pidiéndome silencio. Reímos con los ojos, los dos hombres siguen buscándonos pero no nos encuentran, y el almacén vuelve a sumirse en la penumbra.

De nuevo la luz, y esta vez las manos de Isidoro me arrastran fuera de mi escondite, luego se despide del panadero y me empuja hacia la calle. Yo miro a Daniela, le sonrío y le digo adiós con los ojos, ella también me sonrío.

Durante el camino de vuelta a El Palomar, Isidoro me advierte muy seriamente que si desaparezo otra vez, nunca más me dejará que lo acompañe al pueblo. Yo asiento con un gesto sin darme cuenta de que él tiene la mirada fija en el camino mientras mi cabeza está vuelta hacia la derecha.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa, señorito Ramiro, se le ha comido la lengua el gato? ¿Por qué no contesta?

—Llevo un rato diciéndote que sí con la cabeza —me defendiendo.

—Acabáramos, no se hable más, cómo iba yo a saberlo. Cuando seas mayor y conduzcas el auto, ya verás como siempre hay que estar atento a la carretera y no puedes distraerte con otras cosas. Por esta vez no se lo cuento a la señora, porque se llevaría un gran disgusto y, ni que decir tiene, tampoco al señor que te daría un buen castigo, pero no me hagas estas cosas, que me estoy haciendo viejo. ¿Me lo prometes?

—Que sí, *Isi*, te lo prometo, aunque tú no te estás haciendo viejo —protesto— ¿Me dejarás acompañarte más veces al pueblo?, anda, di que sí. No sabes lo bien que lo he pasado. Daniela es una niña muy simpática...

Isidoro no contesta, pero luego me cuenta que se estaba riendo por dentro mientras pensaba que qué pronto empieza el señorito, y no tiene mal gusto, porque la chavalina es muy

simpática y muy guapa con esos ojos negros tan grandes y bien abiertos, que si sigue así, de mayor va a ser una buena moza.

Luego nos callamos, cada cual ocupado con sus cosas: Isidoro aguzando el oído porque hay un ruido en el motor que no suena muy católico, y yo recordando la aventura que acabo de vivir...